



ECOLOGIA Y POLITICA

No duró mucho tiempo el optimismo que caracterizó el pacimiento de este siglo veinte. Todavía después de la Primera Guerra Mundial, el mundo, olvidando rápidamente sus ruinas, creyó que podía reanudar su carrera hacia el progreso contando con un horizonte ilimitado. Mi generación en su juventud respiró ese aire inaugural y futurista. Nunca generación alguna confió tanto en sus propios sueños para construir el futuro. Contábamos con el futuro. El Paraíso y la Edad de Oro se habían desplazado del pasado al futuro.

De pronto la Segunda Guerra Mundial ensombreció esta confianza plena en el porvenir. A la luz cegadora y criminal de Hiroshima la nueva paz ya no brilló, como la anterior, sobre una humanidad con esperanza. Los pueblos se preguntaban: ¿Estallará un conflicto nuevo cuya destrucción atómica alcance, esta vez, escalas planetarias? Era la pregunta del miedo. Del miedo nuclear. Durante más de una década la humanidad vivió en ese miedo ambiental temiendo su exterminio violento. Poco a poco, sin embargo, entró cierta confianza en la cordura de las potencias y cuando comenzaba a despejarse el miedo al futuro y volvía a ponerse fe en palabras sustitutivas del viejo progreso, como Desarrollo o Crecimiento, —eso fue alrededor del año 60— los científicos dieron la voz de alarma por la creciente polución y contaminación del ambiente, por la disminución acelerada de los recursos naturales, por la explosión demográfica y la destrucción de la naturaleza, haciendo nacer la angustia, esa otra forma más diluida y sutil pero más contagiosa de miedo al futuro y a un final, ya no violento, pero sí ineluctablemente lento.

En menos de medio siglo pasamos de la plena esperanza a la angustiada inseguridad ante el futuro. Yo comparo lo que significó en mi juventud esa cifra redonda y misteriosa del año 2.000 con lo que hoy significa. De ser plazo de todas las promesas se convirtió en meta de todas las inseguridades. ¿Será un desierto mi país —que cuando yo era niño se vanagloriaba en sus geografías de sus riquezas forestales—, será un desierto el año 2.000 al paso que va el despale de nuestros bosques? ¿Quedará fauna? ¿Seremos los dueños sedientos de dos grandes lagos muertos, venenosos y sin peces? ¿Tendremos todavía ríos?... El mito del año 2.000 se vino abajo...!

Y lo trágico es que el cambio no obedeció a razones subjetivas, sino a cifras objetivas y reales; a cifras tan abultadas e hirientes que, a pesar de nuestra ubérrima naturaleza tropical, se ven. Se ven los desoladores despales en las montañas del Norte, en la Costa Atlántica, en Chontales, en Boaco. Se ven los ríos agonizantes. Se ven los lagos contaminados. Se ve la fuga de la tierra vegetal en las imponentes tolvaneras de occidente y de la región de Tipitapa. Y no se ve la fauna. Y todo esto ha sucedido en el corto lapso de una vida humana. Hemos pasado de una "conciencia de abundancia" —que nos empujaba al despilfarro— a la conciencia intranquila, a la conciencia sucia del que provoca el aborto de su porvenir.

El escritor francés Michel Azard escribía que la humanidad sólo ha realizado dos grandes civilizaciones a escala mundial. La primera nació de la REVOLUCION NEOLITICA que produjo una transformación parsimoniosa de la naturaleza. La segunda nació de la REVOLUCION INDUSTRIAL que irrespetando las raíces terrestres del hombre, se lanzó a una transformación abusiva de la naturaleza. El hombre sobre-estimó su capacidad técnica. Creyó (y aún lo creen muchos) que tiene un ilimitado poder inventivo y técnico para reparar sus errores o para rellenar los peligrosos agujeros, cada vez más profundos, que abre su insaciable codicia. Olvidó civilizado lo que nunca olvidó salvaje: que el destino del hombre es inseparable del trato que le dé a la naturaleza. Que el universo todo está interrelacionado y que la vida en el mundo es el resultado de un equilibrio que no puede romperse sin grandes catástrofes o destrucciones.

Para reparar ese olvido, ese gravísimo y mortal error es que ha nacido la nueva ciencia de la ecología. Ciencia, decimos, porque lo es (es la ciencia del "habitat"), pero las interacciones que se

producen entre los seres vivos y su medio son tan infinitamente variadas y afectan tantos aspectos de la vida humana, que la ecología ya no es sola y puramente ciencia, sino que ha pasado a ser política, tema de agitación y reclamos populares, en fin, una verdadera revolución que viene a cuestionar lo que hasta hoy se consideraba como revolucionario.

El ejemplo más claro de este proceso nos lo da Francia. En 18 años la ecología ha pasado de preocupación de los científicos a preocupación de las masas. En la famosa revuelta juvenil de mayo 68 muchos de los rótulos de los murcs ya se referían a la defensa de la vida y de la naturaleza, pero fue el desastre del petrolero gigante "Torrey-Canyon" partido en dos, que arruinó las playas y la pesca de Bretaña, el que hizo nacer contra "la marea negra", la "marea verde" del ecologismo. Se fundan los "Amigos de la Tierra", grupos, desfiles, manifestaciones, estudios... La ecología invade como tema la prensa escrita y radial. En 1972 se organiza la gran "Federation Francaise des Societes de Protection de la Nature". Y un año después, mientras los científicos organizan una red de organizaciones de estudio sobre la realidad francesa, surge un movimiento político, con un programa ecologista que presenta candidato a las elecciones legislativas. Hoy día el movimiento no sólo ha ganado escaños en la Cámara, sino que se ha lanzado a la conquista de los municipios, en, por lo menos, cincuenta localidades francesas.

Sabiendo como sabemos que Francia es un país modelo en el arte de preocuparse por sí mismo, el hecho de que allí la ecología se haya convertido en una de las corrientes mayores de su política es un buen índice de advertencia para los despreocupados. Se trata de una carrera mundial y desesperada hacia el futuro: o llegamos antes salvando la naturaleza, o se adelanta la destrucción y ya no llegamos.

En Nicaragua el problema se presenta más grave, no sólo por nuestra tradicional desorganización y descuido, sino porque sumamos al irrespeto por la naturaleza un creciente irrespeto por el mismo hombre. La grito por la destrucción forestal y la contaminación de nuestros lagos y ríos ha coincidido con el escándalo de nuestras violaciones a los derechos humanos. Nosotros tenemos que luchar por una ecología terriblemente elemental: por la vida del árbol pero también, y antes, por la vida del campesino; por el respeto a la naturaleza, pero también, y antes, por el respeto a la naturaleza humana. En la "marea negra" de Nicaragua no sólo hay polución, sino también tortura. El frente de lucha es más ancho y aparentemente más agobiante, no obstante esa misma asociación de los daños nos permite comprender mejor que ambos obedecen a una sola causa: a que el hombre pasa por encima del hombre y no se detiene ante nada si no se le ponen controles a su poder y a su codicia.

Ahora bien, no existe otro sistema para vigilar por los derechos e intereses de un pueblo, para denunciar los abusos y para controlarlos que el sistema democrático. (La esencia del sistema democrático es dotar al pueblo de CONTRA-PODERES y de medios eficaces de presión). Mientras el pueblo —en sus comunidades, en sus sindicatos y en sus partidos— no reconquiste los instrumentos legales y jurídicos para vigilar y defender por sí mismo lo que pertenece a todos, el abuso seguirá existiendo en todos los órdenes, sea en lo que se refiere a los derechos del hombre, sea en lo que atañe a la defensa y conservación de su medio.

El problema, por tanto, es político. No queremos decir con esto que todo mal viene del Poder o que el gobierno es el culpable de todo, sino que todo poder sin control se convierte, automáticamente, en abusivo y perjudicial.

La ecología viene pues, a confirmar, con el lenguaje de la naturaleza, lo que ya nos demostró la triste experiencia de estos tres años de censura y dictadura arbitraria: que un pueblo no se puede dormir en la defensa de sus libertades y derechos.

O despertamos, o será tarde.

PABLO ANTONIO CUADRA